
§ II.

DE LA MONARQUIA ABSOLUTA,

DESDE LA IRRUPCIÓN DE LOS ÁRABES HASTA LA CONQUISTA DE GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS.

I.

EN mi artículo último, examiné la índole y la naturaleza de la monarquía goda. En él procuré demostrar que esa monarquía fué el resultado lógico de la combinación espontánea del principio religioso, del principio monárquico, y del principio democrático, enlazados entre sí por un pacto perpétuo de alianza. Pero, andando el tiempo, esos principios se viciaron; y viciada entonces también la monarquía de los godos, desapareció del mundo, sepultados en los campos que baña el Guadalete los restos imperiales de su vana pompa y de su estéril magnificencia.

El principio democrático cesó de animar al pueblo; el religioso fué viciado por los sacerdotes; y el monárquico por los reyes. Los

sacerdotes viciaron el principio religioso, transformando ese instrumento de salud en instrumento de ambición, y consagrándole á su servicio, cuando ellos eran sus obligados servidores. El principio religioso perdió entonces su carácter espiritualista y divino, y se revistió de un carácter materialista y humano: la religión, bajada del Cielo para regenerar á la tierra, se vició con el contacto de los hombres, que olvidados fácilmente de la divinidad de su origen, de señora que era de sus pensamientos, la convirtieron en esclava de sus apetitos, y de reina del mundo moral, en servidora vil de los intereses del mundo.

La llama del principio democrático dejó al mismo tiempo de inflamar á las masas populares, entregadas á la indolencia y adormecidas en el ocio, desde que vencedoras del arrianismo y de la aristocracia, y lisonjeadas por los reyes, no encontraron enemigos delante de sí, y vieron seguros sus intereses, y sobre todo, triunfantes sus creencias. Entonces sucedió, que saboreando las delicias de la paz, se entregaron al sueño y al reposo, abandonándose ciegas á la merced del destino. Ni podía ser de otro modo, si se atiende á que las masas populares carecen de unidad, de prevision y de concierto: solo la inminencia del peligro puede obligarlas á agruparse al rededor de una bandera: cuando el peligro pasa, el entusiasmo decae, y la unidad facticia y momentánea que el entusiasmo formó, se quebranta y se fracciona. Mientras existe el entusiasmo, todas las individualidades se eclipsan; solo resplandece el pueblo, vestido de su armadura. Cuando el entusiasmo se extingue, el pueblo deja de ser una realidad, para ser un nombre sonoro: en la sociedad, entonces, no hay mas que intereses que se combaten, principios que luchan entre sí, ambiciones que se excluyen, é individualidades que se chocan. En tiempos de paz y de reposo, solo aparecen en los hombres las calidades que los constituyen diferentes: en épocas de crisis y de exaltación moral, solo aparecen en ellos las que los constituyen semejantes: cuando las diferencias se esconden y las semejanzas aparecen, hay pueblo, porque hay unidad; y la unidad es la que le constituye: cuando las diferencias aparecen y las semejanzas se esconden, no hay pue-

blo, porque no hay unidad social, sino intereses opuestos, principios rivales, y ambiciones hostiles.

De aquí nace la inestabilidad del elemento democrático, vencedor siempre en un momento de alarma y de peligro, y vencido siempre despues, en el estado de reposo. Esto explica tambien el vigor y la fuerza del principio aristocrático. Las clases aristocráticas tienen siempre un poderoso centro de unidad; porque así en los tiempos de agitacion y de discordia, como en los de prosperidad y ventura, son mas, entre sus individuos, las semejanzas que los unen, que las diferencias que los dividen. Los tiranos son enemigos de la aristocracia, porque *vela*; y amigos de la democracia, porque *duerme*. Por eso, la aristocracia es un elemento de *libertad*, y la democracia un elemento de *tiranía*.

El principio monárquico perdió su fuerza y su vigor, desde que los reyes olvidados de sí propios, mientras que por una parte cedian el paso á los prelados de la Iglesia, depositando su espada en las manos de sus súbditos, se decoraban por otra con renombres ambiciosos y con títulos bizantinos, confundiendo así, como se confunde siempre en los tiempos de decadencia, con el aparato el decoro, con la fuerza la hinchazon, con la magestad la pompa.

Entonces fué cuando, al ímpetu de un huracan venido de los desiertos del Africa, cayó por tierra para siempre el ya caduco edificio de la monarquía de los godos; sin que quedase rastro en el suelo de aquella fábrica suntuosa, ni huella de los que la levantaron, siendo de España señores. ¿Ni cómo hubieran podido resistir á las aterradoras falanges que lanzó sobre la Península ibérica la cólera divina, un sacerdocio olvidado de Dios, y siervo de las ambiciones del mundo, un pueblo entregado al sueño de la indolencia, un trono que muchas veces habia sido un cadalso, una monarquía, en fin, adormecida en el ocio, gastada por los deleites, y enervada con su fausto oriental y sus escandalosas liviandades? Si á esto se añade, que la monarquía goda carecia absolutamente de una aristocracia guerrera que la sirviese de escudo contra una invasion extraña, se concebirá fácilmente, cómo naufragaron en un naufragio comun el sacerdocio, el trono y el pueblo.

Pero en la monarquía de los godos, habia algo que no debía perecer, algo que debia resistir á todas las catástrofes y á todas las invasiones, algo que debia prevalecer sobre la accion de la conquista y las injurias de los tiempos, algo en fin de inmortal; porque siempre hay algo de inmortal, así en el hombre que muere, como en las sociedades que sucumben. Cuando el hombre muere, su parte mortal es despojo del sepulcro, y su parte inmortal se perpetúa en el Cielo: cuando las sociedades sucumben, su parte mortal es despojo; su parte inmortal, alimento y vida de la historia.

Lo que es el alma en el hombre, son en la sociedad los principios. Inmortales una y otros como emanaciones divinas, jamas se apaga su lumbre en el horizonte del mundo, que recibe la animacion y la vida de sus maravillosos reflejos. ¿Qué importa que la Grecia abra su seno virginal á los bárbaros del Occidente, que entregue á su profanacion sus magníficos templos y sus soberbias estátuas, sus mágicos pensiles y su silenciosa tribuna, y que abandonada de sus dioses, viuda de sus ilustres capitanes, huérfana de sus oradores, de sus filósofos y de sus artistas, se recline en su sepulcro, olvidada de su gloria? De ese sepulcro se salvaron, para fecundar los siglos, el genio de la libertad, el genio de la filosofía, y el genio de las artes. Roma abre, para recibir á tan ilustres huéspedes, las puertas del Capitolio; y cuando el Capitolio fué á su vez presa de los gigantes del Norte, ellos se remontaron sobre las inmensas ruinas y los deformes escombros confusamente esparcidos sobre la faz de la tierra, hasta que, aplacado el Cielo y serenadas las tempestades, volvieron á ser la vida de una nueva civilizacion, y el alma de un nuevo mundo.

Así tambien, cuando la monarquía goda sucumbió en las famosas orillas del Guadalete, habiendo llevado las huestes sarracenas lo mejor de la batalla, la monarquía pereció; pero sus principios constituyentes se salvaron, porque eran los principios constituyentes de la sociedad española. Los árabes pudieron vencer á Rodrigo, pudieron vencer á los sacerdotes, pudieron vencer al pueblo; pero el principio democrático debia sobrevivir al pueblo, el religioso á los sacerdotes, y el monárquico á Rodrigo.

Nosotros vamos á presenciar ahora uno de los espectáculos mas magníficos que puede ofrecer el variado panorama de la historia á los ojos de los hombres. En la monarquía de los godos, hemos podido observar de qué manera se vician los principios en su tránsito por el mundo; y de qué manera, cuando han sido viciados, degeneran las sociedades y se extinguen: ahora vamos á ver de qué manera esos mismos principios, purificados con los torrentes de sangre en que se anegó para siempre la monarquía de los godos, dieron vida á una nueva sociedad, afirmada sobre una basa mas ancha, sobre mas firmes cimientos. Hasta aquí hemos observado la accion deletérea de las sociedades sobre los principios de quienes reciben su esplendor, á quienes deben su gloria: ahora vamos á observar la accion vivificante y fecunda de esos mismos principios sobre las sociedades humanas.

Un siglo de existencia religiosa y militar habia bastado á los sarracenos para derramarse por las regiones mas apartadas del mundo. La Media, el país de los Partos, la Siria y el Egipto se postraron vencidos ante el pendon glorioso de Mahoma. Sus sucesores le llevaron despues al Occidente, y penetrando por el África, se estendieron por sus costas, y echaron por tierra las frágiles murallas de Cartago, allanadas en otro tiempo por Scipion y levantadas del polvo por Augusto. Una profecía misteriosa señalaba á esa ciudad, como el punto en donde habia de nacer el hombre á quien estaba reservado el destino de destruir el imperio del profeta: sin duda, la voz de las tradiciones habia dicho á aquellos bárbaros que aquella ciudad habia servido de cuna al gigante que, vencedor en Cannas, habia fijado su sangrienta pupila sobre Roma. El recuerdo de Annibal es tan grande, que hace temerosas hasta las ruinas, la horfandad y la desolacion de Cartago.

Señores los sarracenos de las costas africanas, y ardiendo en sed de engrandecimiento y de conquistas, se aprovecharon de la coyuntura favorable que la traicion ó el descontento les ofrecieron en un dia nefasto para el pueblo de los godos, y atravesando la mar, tremolaron su estandarte en la peninsula española. Vencidos fácilmente cuantos obstáculos se opusieron á su dominacion,

derrotadas en todos sus encuentros las huestes enemigas, marcharon por la peninsula adelante, hasta dilatar por toda ella su duro señorío. Desde esta época, sus victorias no pueden reducirse á suma; su ambicion no tuvo límites, y el orbe les vino estrecho. Derramados por la Galia meridional, por la Italia, por la Dalmacia, por la Iliria, por la Albania y por la Morea, hubo un momento en que la balanza de los destinos del mundo quedó suspensa en su fiel, y en que las naciones pudieron dudar, si la fé hubiera permitido la duda, hácia dónde habian de volver sus ojos arrasados de lágrimas para adorar á su señor, si hácia los melancólicos campos de la Palestina, ó hácia los estériles y abrasados desiertos de la Arabia.

Apoderados los sarracenos de las nueve décimas partes de la peninsula, solo quedaron exentas de su yugo una parte de Aragon, y las cumbres inaccesibles de Asturias, de Vizcaya y de Navarra. Sus rudos habitantes eran pobres; pero independientes y altivos. La mayor parte de aquellas soberbias cumbres no tenian una huella que hubiera sido estampada por el pié del extranjero; y esta indomable gente no habia aprendido jamás qué cosa es la esclavitud, ni de la tradicion, ni de la historia. Refugiados allí los pocos que, habiendo salvado sus vidas, querian tambien salvar su independencia, entre los naturales y los huéspedes acometieron la empresa mas árdua entre cuantas refieren los anales del mundo: la de rescatar á toda la nacion, postrada y exánime, de su ignominioso cautiverio: y lo mas admirable es, que se llevó á cabo esa empresa; porque la nacion fue rescatada.

¿Cómo fué que los pocos, olvidados sin duda por débiles y humildes, supieron derrocar desde su altura á los muchos, que eran fuertes y soberbios? ¿Cómo fué que el pueblo vencedor se vió obligado á cejar delante del vencido? ¿Cómo pudo vencer la monarquía al Emirato, habiendo sido los monarcas vencidos por los Emires? ¿Cómo retrocedió el islamismo delante de la cruz, habiendo sido abatida por el estandarte del profeta? ¿Cómo salieron fuertes del campo de batalla los vencidos? ¿Cómo, en fin, se convirtieron en débiles los fuertes, despues de la victoria? No habiéndose dis-

minuido las fuerzas físicas de los sarracenos, ni acrecentándose las de los naturales, ni las fuerzas físicas ni el número son poderosos para explicar este cambio en sus destinos, esta mudanza de su suerte. Ahora bien, como los acontecimientos no se producen en el mundo sino en virtud de las fuerzas físicas ó de las fuerzas morales, cuando un cambio ó un trastorno no tienen origen en las primeras, le han de tener forzosamente en las segundas. Cuando un hecho no está explicado, su explicacion se encuentra en un principio.

Reservándome para mas adelante demostrar la rigurosa exactitud de la proposicion que ahora anticipo, diré que el Cristianismo salió vencedor del islamismo, el pueblo cristiano del pueblo sarraceno, y los reyes de Asturias, de Leon y de Castilla de los Emires de Córdoba, porque los principios constituyentes del pueblo conquistador, efimeros de suyo, se viciaron despues de la conquista; mientras que los constituyentes del pueblo vencido recobraron, despues del vencimiento, su maravillosa energía y su primitiva pureza. De esta manera, las mismas causas á cuyo influjo debieron los árabes sus rápidas victorias, dieron despues al pueblo cristiano aquella heroica constancia que, andando el tiempo, le rescató de su ignominiosa servidumbre, con mengua de sus señores.

Dejando para el artículo próximo el exámen del pueblo cristiano, será bien me ocupe en este, aunque con toda la brevedad posible, del islamismo, en cuanto dice relacion con los asuntos de España.

El código del profeta, sancionando el dogma de la fatalidad, y sujetando á reglas escritas, inalterables é inflexibles, no solo todos los deberes morales, políticos y religiosos, sino tambien los civiles y los domésticos, suprime la libertad en el mundo; porque á un mismo tiempo encadena el cuerpo, y aprisiona el espíritu: y encadenando al uno, y aprisionando al otro, ataca hasta en sus gérmenes el principio de la perfectibilidad que se desarrolla en el seno del hombre, y en el de las sociedades humanas. Por esta razon, el Coran, que, en su inflexible rigidez, petrifica cuanto toca, solo reconoce una virtud social, y una forma de gobierno: la resignacion,

y el despotismo. Cuando una sociedad se envilece hasta el punto de renunciar absolutamente al pensamiento, todas las pasiones grandes se extinguen en su corazon helado: todas las fuerzas vitales abandonan sus miembros entumecidos: su vida es una vegetacion perezosa; y cuando ha acabado de vegetar, permanece estúpidamente inmóvil, aguardando impasible el rayo que ha de convertirla en polvo, y que ha de bajar del Cielo. En tal estado se presenta á nuestros ojos Constantinopla, reina ayer de dos mundos, pasto tal vez mañana de las águilas moscovitas, y hoy cadáver embalsamado con las brisas del Oriente, y tendido con magestuosa inmovilidad sobre un magnífico lecho.

A estas causas generales de una precoz decadencia, reunian los conquistadores de España otras especiales, que habian de producir su rápida disolucion con su poderoso influjo. La principal de todas consiste en que sus huestes, unidas por el entusiasmo en el periodo de la invasion, perdieron toda unidad y concierto despues de la victoria, como compuestas de diversas gentes y naciones, todas ardiendo en sed de mando y de despojos, y entre sí mal avenidas. Ocupaban los grados superiores de la gerarquía social los árabes, los sirios y los egipcios. Estas eran las razas aristocráticas. Despues venian los africanos, raza feroz y turbulenta que, ocupando los grados inferiores de la escala social, sufría impaciente su yugo y su estúpido ilotismo. Cada una de estas razas estaba dividida á su vez en parcialidades y bandos: y los odios que estas parcialidades alimentaban en su seno, eran tan antiguos en algunas, que para asignarles fecha, es necesario remontarse á los tiempos anteriores á Mahoma.

Esto basta para explicar por qué los árabes, despues de la conquista, no supieron edificar nada sobre los escombros esparcidos por toda la península española. Contrastado por guerras intestinas, por locas rivalidades, por torpes crímenes, por ambiciosas insurrecciones, por escándalos y desafueros, el gobierno de los Emires fue débil; turbulento y desastroso. Los Emires solo pensaban en afirmar su poder: los gobernadores de las provincias en hacerse independientes de los Emires; y los gobernadores de las

ciudades en sacudir el yugo de los gobernadores de las provincias. Ni era posible que esta disolucion encontrase remedio en la autoridad vigilante y protectora de los Emires del África y de los califas de Damasco; porque los imperios que regian, eran presa tambien de trastornos interiores y de conmociones violentas. El gigante fantástico y aterrador del islamismo se devoraba á sí propio, despues de haberse presentado para reclamar su herencia en las mas apartadas regiones, y cuando soñaba en su delirio rodear con sus nerviosos brazos al mundo.

Entonces sucedió, que la terrible unidad del imperio de los Califas fué quebrantada, y dividida en fracciones. Los árabes de España se hicieron independientes; y habiendo elegido por su soberano y señor á Abdel-Rahman, último descendiente de los Califas Omíaditas, raza ya destronada, Córdoba fue el centro de su poder y la silla de su imperio.

Esta revolucion, realizada á fines del siglo VIII, dió principio á una nueva era para los árabes. Ya entonces los rudos montañeses, que habian de restaurar una religion y redimir de su servidumbre á un pueblo, habian comenzado á hacer sus incursiones por las mal guardadas fronteras de los enemigos de su libertad y de su ley. Sus incursiones habian sido siempre seguidas de victorias: y los conquistadores se vieron en la necesidad de reprimir hasta cierto punto el ímpetu de sus odios, convertidos por el riesgo comun á la comun defensa. Vencidos en buena lid las mas veces, pero vencedores algunas, acometieron magníficos hechos de armas, durante el periodo histórico que comienza con Abdel-Rahman I, y que concluye con Almanzor, dilatándose el espacio de dos siglos. Esta es la época maravillosa en que comienzan á resplandecer entre los árabes las delicadas artes del ingenio, y en que el Oriente comienza á reflejar en el Occidente toda la pompa de sus galas, y toda la riqueza y la variedad de sus colores. En este tiempo, aparecen tambien de cuando en cuando algunas fisonomías que se distinguen entre las demas por su magestad y su nobleza, y que cautivando la atención, la separan agradablemente del triste espectáculo de una sociedad decrepita y moribunda. Entre todas, resplandece la de

Almanzor, entendido como pocos en las artes de la paz, como ninguno en las artes de la guerra. Era blando y apacible en las ciudades, indómito leon en los campos de batalla. Almanzor era uno de aquellos hombres providenciales, nacidos en épocas de decadencia, para contener con su mano poderosa la rápida disolucion de los imperios. Cuando Almanzor apareció, el pueblo cristiano, crecido ya en fuerzas y en pujanza, iba dilatando los términos de su jurisdiccion y señorío: sus aguerridas huestes habian entrado por armas ciudades populosas; su immaculado pendon tremolaba á todos vientos, llevado por la victoria, y hacia sombra á los abatidos pendones de las huestes agarenas. Almanzor contuvo el torrente que amenazaba inundar el campamento de los árabes; y la sociedad decrepita que protegió con su poderoso brazo, pudo respirar algunas horas, sentada en el borde de su abismo. Cincuenta batallas campales perdieron entonces los cristianos: jamás los adoradores de la cruz habian visto levantarse dias mas nebulosos para ellos en el horizonte de la península española, desde que fueron rotas y deshechas en las orillas del Guadalete las espesas falanges de los godos. Jamás el Dios de los ejércitos habia puesto en sus labios una copa tan llena de amargura, desde que los condenó á cautiverio y servidumbre, haciéndolos juguete de sus iras.

Pero Almanzor falleció al fin, sirviéndole de sepulcro el polvo sacudido de su manto en los dias de las batallas. Entonces sucedió, que el vasto imperio de Córdoba, huérfano del capitan que le amparó con su escudo, que llenó su soledad con su nombre, que cubrió su debilidad con su grandeza, y su desnudez con su resplandeciente vestidura, se desmembró, dividiéndose en efimeros y pequeños principados. Con lo que se atestigua, que mientras que Almanzor presidió á los destinos del imperio, el fuego de la discordia continuó alimentándose escondido en el seno de aquellas razas rivales: puesto que, cuando desapareció el grande hombre, se dejaron otra vez arrastrar por los ímpetus de sus mal reprimidos odios y de sus escandalosas venganzas.

En este estado de postracion, la fortuna volvió á mostrarse contraria á las armas agarenas; mientras que los cristianos, reco-

brados ya de su pavor y de sus prolongados desastres, no solo reconquistaron en breve todo el terreno perdido, sino que pasando mas allá, clavaron su pendon en los imperiales muros de Toledo. La posesion de la ciudad santa, en donde en tiempos mas felices habian sido unguidos por los prelados de la Iglesia los reyes de los godos, debió causar un estremecimiento de placer á los que vivian la vida de los combates, animados por tan gloriosos recuerdos. Toledo era la Jerusalem de los cristianos de España. Señores de su Jerusalem, sin duda olvidaron sus fatigas y desastres, para pensar solo en sus glorias y en el término de su peregrinacion, aquellos nobles combatientes é infatigables peregrinos.

Ni pararon aquí las conquistas de Alfonso VI; sino que, pasando mas adelante, se apoderó de Madrid, Guadalajara y Maqueda, llevando por todas partes el prestigio de su nombre, el recuerdo de sus victorias y la gloria de sus armas.

Desmembrado el grande imperio sarraceno en pequeñas y rivales monarquías, no pudo resistir al torrente; y como sus débiles monarcas le viesen crecer y dilatarse por el corazon de sus dominios, volvieron sus ojos en busca de proteccion hácia las costas de África. En ellas encontraron un hombre grande que, solicitado en nombre de los demas por el rey que dominaba en Sevilla, desembarcó en la península española al frente de los almoravides africanos. Su nombre era Yusef-Bentaxfin. Nacido en tiempos de grandes trastornos y de discordias civiles, en los que el poder está al alcance de los ánimos inquietos y de los hombres esforzados, supo ganarle para sí, sujetando á un pueblo numeroso, que le proclamó su gefe, siendo de esta manera fundador de una gloriosa dinastía.

Cuando Yusef con sus almoravides rompió por la península, Alfonso estaba sitiando á Zaragoza; y como llegase la nueva á sus oidos, levantó el cerco, para acudir adonde el mayor peligro le llamaba. Los dos competidores se avistaron, en octubre de 1086, en las llanuras de Zalaca, entre Badajoz y Mérida, al frente de sus ejércitos. Ambos ejércitos eran numerosos y aguerridos. Ambos competidores eran dignos de la gloria. La fortuna, en esta ocasion,

hubo de ser adversa, según nuestros historiadores refieren; aunque hubo motivos para dudar cuál de los dos competidores salió peor librado del campo de batalla.

Los príncipes mahometanos comenzaron á desconfiar del ilustre aventurero á quien habian abierto las puertas de la península, y en quien suponian ya designios hostiles y miras ambiciosas. ¡Triste condicion la de los débiles! hallarse rodeados por todas partes de asechanzas: no poder elegir sino entre enemigos encubiertos ó enemigos declarados: no saber para quienes han de implorar la misericordia del Dios de los ejércitos en los dias de los combates, si para los que les tienen declarada la guerra, ó para los que son sus protectores; ciertos como están, de que la victoria de los primeros los condena al exterminio, y la de los segundos á una ignominiosa servidumbre.

Esto cabalmente sucedió con Yusef, que viéndose poderoso, y como poderoso temido, acometió la empresa de enseñorearse del hermoso pais que se dilatava ante sus ojos como una magnífica oasis: y convirtiendo sus armas contra sus propios aliados, dió feliz cabo á su empresa, restableciendo con sus triunfos la unidad del imperio mahometano en la península española. Entonces no hubo mas que un solo reino gobernado por un solo hombre, gefe de una raza dominante.

Despues de la usurpacion de Yusef y sus almoravides, hubo por algun tiempo paz entre cristianos y mahometanos. A Yusef sucedió su segundo hijo Aly, heredero de su poder y de sus glorias militares. Aly fué poderoso para contener á los cristianos por la parte del Mediodia; pero sus armas se dilataron vencedoras por el Norte. Alfonso I de Aragon se apoderó de Tudela: por los años de 1118, cayó en poder de los cristianos Zaragoza; y con esta gloriosa conquista, todo el Norte de España quedó libre del yugo sarraceno. Al año siguiente, el héroe aragonés venció en batalla campal á 20,000 africanos que penetraron por su tierra; mientras que otro ejército de infieles, mandado por Aly, retrocedió delante de los pendones de León y de Castilla. De esta manera, contenidos por algun tiempo los cristianos por los almoravides, volvieron á se-